



## DE LA IDENTIDAD A LA RESONANCIA

### FROM IDENTITY TO RESONANCE

**Fernando Tula Molina**

Universidad Nacional de Quilmes

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

ftulamolina@gmail.com

[SIMONDON, Gilbert. *Comunicación e información: cursos y conferencias*. Buenos Aires, Cactus, 2016.]

Con este libro, la editorial Cactus continúa su proyecto de recuperación de la obra menor del filósofo francés Gilbert Simondon (1924-1989), con el fin de enriquecer la novedosa tesis vertida en su obra capital: la de los *procesos de individuación*. Tal novedad es a la vez *física y metafísica*: se trata de dejar de concebirnos —a la manera de la metafísica tradicional— como sustancias con alguna esencia fija, y hacerlo a partir de la organización de nuestras *relaciones* multidimensionales. En tanto *proceso* de individuación, en tanto devenir con un origen preindividual, en tanto seres vivos, en tanto organismos que procuran su adaptación al medio, necesitamos una concepción relacional y dinámica que recupere todo lo que la metafísica de las esencias había disecado. Haríamos mejor en tomar en serio el modelo ondulatorio del *espectro de frecuencias continuo* —anunciado por el premio Nobel Luis de Broglie (1929)— y el modelo biológico de las *membranas* —que seleccionan, dejan pasar y retienen— para arribar a una concepción novedosa sobre lo que somos: un régimen de *resonancias internas* que exige *metaestabilidad* y *comunicación* permanente. Si a la novedad hay que ponerle un nombre, se trata de un abordaje *cibernético*, una concepción sistémica que tiene los términos “auto-organización” y “retroalimentación” como palabras clave. Desde el punto de vista filosófico, ha ocurrido un acontecimiento: las viejas nociones de “identidad” y “esencia” han dejado su lugar a las de “individuación” y “resonancia”: la *forma* es abandonada en favor de la *información*.

Ahora bien, sólo recientemente la riqueza heurística de las categorías simondonianas ha podido visibilizarse, más allá de un círculo menor vinculado a la



filosofía de la tecnología. La obra mayor de Simondon —*La individuación: a la luz de las nociones de forma de información* (Cactus, 2009)— fue publicada completa por primera vez en francés en 2005. Para quienes son ajenos a su pensamiento, se trata de una metafísica a estrenar, un nuevo vocabulario para pensar. De aquí la intención de Cactus de avanzar con la publicación de los escritos inéditos de Simondon. No se trata de una iniciativa aislada, sino que forma parte de un nuevo interés que redirecciona la atención de campos diversos. En nuestro medio, se realizó el *Coloquio Internacional Gilbert Simondon* en la Biblioteca Nacional (2013); se publicó un volumen de colaboración internacional sobre su pensamiento: Pablo Rodríguez, Javier Blanco, Diego Parente y Andrés Vaccari (coords.), *Amar las máquinas. Cultura y técnica en Gilbert Simondon*, Prometeo, Buenos Aires 2015); incluso *Astrolabio Nueva Época* le dedicó la sección “Debates intelectuales contemporáneos” en su número 10 (2013).

Lo cierto es que no son menores las consecuencias del pensamiento de Simondon, donde las soluciones que un organismo encuentre a sus problemáticas adaptativas —tanto interiores como exteriores— pueden amplificarse a una realidad transindividual y constituirse en fuente de un colectivo psicosocial. Sin duda, las claves de la modernidad quedan trastocadas. El individuo, el yo y la sociedad dejan de ser estructuras fijas, para ser consideradas estructuras *en funcionamiento*, las cuales reclaman un abordaje *maquínico* o *cibernético*. En tal sentido, los resúmenes de los cursos y las conferencias aquí compilados revisten importancia, en la medida en que contribuyen a arrojar luz sobre la metafísica relacional de los procesos de individuación.

El “Curso sobre la comunicación” —dictado entre 1970 y 1971— explicita las cuatro notas características de esta ontología que reemplaza la idea de *forma* por la de *información*. Se requiere —en primer término— de la interacción de al menos dos sistemas semi-cerrados que mantengan entre sí un *equilibrio metaestable*, y donde sean posibles *procesos de amplificación* a partir de incidencias de débil valor energético. Estas características —a su vez— deben integrar un sistema en el que la información circule a través de una vía de *acción directa* y otra de *retorno*. Simondon presentará tres *niveles de comunicación* bajo esta perspectiva sistémica: un nivel primario —propio de la ecología—, otro asociado al psiquismo, y un tercer nivel en el interior de los grupos o individuos. En el primer nivel, el organismo utiliza sus capacidades perceptivas con fines exploratorios. La información recabada es *modulada* en un segundo nivel a partir de un *complejo motivacional* (que incluye tanto



a la *necesidad* como a la *tendencia*). Y en su nivel más alto, la comunicación se dará en el *interior* de un mismo sistema con tendencia a la simetría. A partir de este esquema, Simondon concluirá sobre la relación necesaria entre los procesos *cognitivos* y los *no cognitivos*. Si bien todo sistema incluye “incompatibles necesarios”, que introducen tensiones con los elementos existentes, Simondon señala la función de la *invención* como vía de salida hacia una *nueva compatibilidad*. Por otra parte, si bien existen relaciones de *feed-back* que permiten la comunicación y la autorregulación entre los tres niveles, Simondon buscará diferenciarse de quienes le conceden un “privilegio abusivo”. En contrapunto con tal interpretación *reactiva* sobre el funcionamiento de los sistemas, enfatiza la *vía directa*, la acción positiva que “permite el autosustento, la acción intensa, el envión que pone en marcha toda la virtud, toda la excelencia específica de un sistemaorganizado” (60). En otros términos, será la *invención* la encargada de mantener la *resonancia interna* del sistema. Para ello, debemos entenderla como un acto organizativo fundacional —a la vez *multipolar* y *multidimensional*— que no puede describirse ni como encadenamiento causal ni bajo la forma de teleología unilineal.

La segunda y tercera parte del curso ilustran con ejemplos acústicos y visuales esta ontología comunicacional, concluyéndose que la acción adaptativa no responde de modo instantáneo a la información recibida, sino que refleja “las necesidades suscitadas por el *lazo* entre los receptores y los efectores que orienta las tendencias, sincroniza los ritmos hereditarios y actúa sobre el nivel de vigilancia” (65). En el caso del hombre, tal lazo viene dado por el *discurso*, ya que es el que permite “transmitir una información original y significar lo imprevisible” (114). En definitiva, los elementos brindados por Simondon en este curso conducen a entender su analogía entre la progresión en los diferentes *niveles de comunicación* y la progresión hacia mayores *grados de libertad*.

Seis años antes, en 1962, Simondon ya había explorado la posibilidad de que incidencias de débil valor energético pudieran *amplificarse* a través de diferentes órdenes de magnitud. En la conferencia dada en el Coloquio de Royaumont —incluida aquí como “La amplificación en los procesos de modulación”—, Simondon presenta la *función de información* que da cuenta de cómo la realidad *local* del receptor es modificada en su devenir por la realidad *incidente*. La información es vista aquí como el *desencadenante* de la energía potencial que se encuentra en estado metaestable en el sistema. A tal efecto se referirá como “propagación transductiva”. Se trata de un efecto que nunca es lineal, sino que responde a diversos *umbrales de activación*, por



lo que puede proceder por todo o nada. La ventaja de este esquema es que le permite establecer una correlación funcional entre procesos *transductivos* y procesos *moduladores*. Mientras los primeros (actividades asociativas y procesos en cadena) están en devenir constante —siempre orientados hacia el porvenir—, los procesos de modulación (actividades de abstracción y generalización) representan “una victoria de lo viejo sobre lo nuevo, un reciclaje de la vieja estructura” (160).

¿Cómo entender la relación entre *energía* e *información*? En 1968, Simondon dictó el curso “Percepción y modulación” para responder esta pregunta. El esquema previo de correlación entre los procesos *transductivos* y *moduladores* le permite entender esta relación como una “*actualización gobernada*” de la energía disponible. Con ello se instituye la *dialéctica vital* del organismo que media entre la percepción y la acción. Su centro lo constituye el *complejo motivacional* que carga de sentido la información recibida, intensificando la energía potencial o desencadenando un determinado comportamiento. Aquí Simondon sigue la pista abierta por los estudios del fisiólogo Jacques Loeb (1859-1924), quien sugirió estudiar en los animales los *tropismos* evidenciados por los vegetales (*L’helotropisme ou phototropisme animal*, 1890). Con ello se plantea un abordaje novedoso —no mecánico— del sistema percepción-reacción que permite ver la acción de los agentes físicos como fuente que incrementa la *energía potencial* del sistema, la cual —a su vez— posibilita una reacción posterior de nivel superior. Por este motivo, lo incondicionado inicial no será para Simondon la *sensación elemental* sino la *irritabilidad*, como un fenómeno biológico universal que corresponde a un determinado *grado de vigilancia*. En definitiva, la percepción no debe ser concebida como síntesis de los condicionamientos impuestos por los niveles previos, sino como una organización que remite “a la *integración* y al *rebasamiento* de dichas modalidades perceptivas” (225).

Para esta conclusión no deja de ser relevante indagar sobre el papel del *instinto*, inquietud que Simondon ya había recorrido en un curso de 1964. Allí tomó como base los estudios de Georges Bohn (1868-1948), quien había expandido la teoría de Loeb al definir a los tropismos como “movimiento polarizados” (*La naissance de l’intelligence*, 1921). Bajo esta óptica, Simondon dirá que, a diferencia de las *tendencias*, las *conductas instintivas* establecen un *régimen de conducta* en el cual un subconjunto —eventualmente muy limitado— domina tanto las funciones perceptivas como motrices del organismo. De este modo, el instinto sería ante todo una *función de cambio de régimen* de la conducta. A partir de aquí, es posible ver en las reacciones adaptativas la base *a posteriori* del conocimiento y en las tendencias su base *a priori*.



Se instituye con ello lo que el naturalista francés Étienne Saint-Hilaire llamó un “plano de composición”, el cual puede considerarse como su *sistema de referencia*. La institución de tal *plano de composición*, a la vez que le permite al organismo vivir su libertad, “se detiene allí donde su organización sería puesta en entredicho” (114). Bajo este esquema, se generaliza una noción de “sistema de acción” que abarca tanto a los *tropismos* como a los *reflejos*, entendidos como una primera capa de comportamientos primarios. A la hora de hablar de la relación del organismo con el medio, este abordaje conduce a reemplazar la noción de “adaptación” por las de “orden de magnitud” y “modo de relación”. En otros términos, Simondon entenderá la *adaptación* a través de los varios órdenes de magnitud —y sus diferentes constantes espacio-temporales— en los que se recibe y modula la información del medio.

A diferencia de los niveles inferiores y locomotores —donde predomina la autodiferenciación—, en los niveles superiores aparece el *aprendizaje* y con ello la conducta inteligente. Simondon entiende el aprendizaje a partir de la modificación del comportamiento en función de la operación esencial de *integración*, la cual descubre en una sistemática más rica y elevada la compatibilidad que la situación previa no ofrecía. Se trata, por consiguiente, de lo que luego especificará como “invención”. Ni respuesta a estímulos físico-químicos ni conducta inteligente, el *instinto* tiene un carácter intermedio que corresponde al *desencadenamiento* de las potencialidades específicas de acción de cada organismo. Por ello, Simondon plantea la *percepción instintiva* como una cuestión de *símbolos de estado* que desencadenan una reacción, “un cambio de estado, manifestado eventualmente por un *esquema de actitudes*” (326). Aquí residiría la clave del carácter *categorico* del conocimiento instintivo, en oposición al carácter *hipotético* del conocimiento intelectual. Lo fundamental es que —en ciertos organismos— es todo el individuo el que funciona como un relevo único cuya entrada se identifica con la *sensorialidad*, la salida con los *efectores* de motricidad y la alimentación con el *estado fisiológico* en un momento dado. Esto significa que la percepción que dirige la actividad instintiva es, a la vez, *configuracional* y *selectiva* (puede pensarse en las hormonas que actúan sobre el sistema nervioso aumentando la excitabilidad de las reacciones). De este modo, el instinto no sería una conducta primitiva, sino una conducta que manifiesta ya un importante grado de integración. Con tales conclusiones, Simondon nos invita a reemplazar las oposiciones dualistas —autonomía/heteronomía, libertad/necesidad— por un estudio preciso de las relaciones entre *órdenes de magnitud*. Lo *exterior* y lo *interior* son, de hecho, órdenes de magnitud entre los que el individuo opera una mediación activa que él mismo



instituye; y es en este sentido que “se encuentra entre el *orden cósmico* y el *orden microfísico*” (372).

El libro cierra con un curso sobre actitudes y motivaciones —cronológicamente, el primero—, dictado en la Universidad de Poitiers en 1960. Puede ya verse aquí la importancia que Simondon le concede al complejo motivacional como elemento *modulador* de la información recibida. En una hipótesis que se continuará en la filosofía de Gilles Deleuze, se parte del principio de que tanto *actitudes* como *motivaciones* forman una unidad funcional que va desfasándose y diferenciándose con el transcurso del tiempo: “la *actitud receptora* y la *actitud efectora* se separan simétricamente con relación a un centro común donde se reside y se desarrolla el complejo motivacional, como *el centro de gravedad del ser*” (381). Toda génesis se explicará, entonces, a partir de la tríada *actitudes receptoras* – *motivaciones* – *actitudes efectoras*, lo que equivale al proceso mismo de *individuación*. Es en este sentido que ya tempranamente Simondon elaboraba una teoría donde el individuo resulta un *modulador social* irremplazable, ya que sólo en él algunas actitudes pueden desencadenar energías, y “sólo en él esas energías potenciales pueden actualizarse sobre una carga social determinada” (392).

La originalidad de Simondon reside en el abordaje de los procesos perceptivos y adaptativos a través de procesos *transductivos* y *moduladores*. Se abre aquí una preciada veta de indagación filosófica y biológica, la cual explica el interés creciente que suscita su pensamiento y el rápido ritmo con que sus papeles inéditos aparecen impresos.

Fecha de recepción: 7 de octubre de 2017. Fecha de aceptación: 22 de mayo de 2018.